



La otra mirada

Una perspectiva cultural
de la prevención



Una perspectiva cultural para

La•otra mirada

la **prevención** de la **producción** y el **tráfico** de sustancias ilícitas

MINISTERIO DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTUPEFACIENTES

DIRECTOR

Gabriel Merchán Benavides

COORDINADORA TÉCNICA

PROGRAMA PARA LA DESCENTRALIZACIÓN DEL PLAN DE DROGAS

PROYECTO AD/COL/99/C-81

Carmen Serrano Navarro

SUBDIRECTORA DE PREVENCIÓN Y DESARROLLO

Alexandra Schoonewolff

COLABORACIÓN

Carmen Serrano Navarro

Andrés Barreto Agudelo

Gabriel Gutiérrez García

Liliana Flórez Bernal

Luz Marina Díaz Díaz

Magdalena Charry Martínez

Martha Pulecio Morris

ESCRITO POR

Bernardo González

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Formato Comunicación Diseño

FOTOGRAFÍAS

Marcelo Salinas

IMPRESIÓN

Litocamargo Ltda.

ISBN 958-9463-20-7

© DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTUPEFACIENTES

Bogotá, D.C. Colombia, enero de 2002

www.descentralizadrogas.org







Ampliar la perspectiva

COLOMBIA HA SIDO, SIN DUDA, UN EJEMPLO PARA EL MUNDO POR LOS ESFUERZOS, LA ABNEGACIÓN Y LOS RESULTADOS QUE HA MOSTRADO EN SU LUCHA CONTRA EL NARCOTRÁFICO.

Aun así, el problema se hace más complejo y se muestra muy difícil de manejar mientras se den las condiciones de demanda y se encuentren las favorabilidades que aún hoy se evidencian tanto en el contexto colombiano como en el mundial.

Aunque la interdicción, la judicialización y el trabajo policivo han sido no sólo valientes y esforzados sino eficaces es preciso cubrir otros frentes, afrontar el problema desde una mirada más amplia e integral: la de la cultura, de los valores, de las prácticas políticas y económicas, de las percepciones y usos sociales que hacen posible el inmenso crecimiento del negocio en esta nación.

¿Cómo enfrentar el análisis y la planificación de una prevención orientada a reducir las debilidades que hacen de nuestro país un fuerte productor y exportador de drogas ilícitas y fortalecer sus posibilidades para afrontar un fenómeno que ha marcado de tal manera la vida colombiana?

Esa es la pregunta frente a la cual esta publicación pretende proponer alternativas. La idea es impulsar una perspectiva diferente al problema del narcotráfico y, así mismo, una forma más integral y sostenida de prevenirlo.

Esta es una publicación abierta a la discusión y el avance con miras a contribuir a la construcción de líneas de trabajo específicas. Con ella no se busca revelar o imponer *verdades*, sino hacer propuestas de acción.

Es también una invitación a reflexionar sobre el fenómeno de la producción, el tráfico y la distribución de drogas y a construir con los diferentes sectores, comunidades y estructuras relacionadas de alguna manera con esta problemática documentos de trabajo que orienten tanto en lo conceptual como en lo práctico las acciones de prevención que deberán adelantarse en los departamentos y municipios.

La idea es ofrecer herramientas para entender el problema sociocultural alrededor de la producción y el tráfico de drogas y hacer propuestas para desarrollar programas regionales de prevención y manejo de los mismos.

El propósito es también abrir caminos de investigación, reflexión y construcción de conocimiento y trabajo comunitario a las estructuras departamentales y municipales encargadas de enfrentar el fenómeno, principalmente, pero también a todas aquellas instituciones, ONG y organizaciones que trabajan o están interesadas en el tema.

De esta manera, en una primera parte se ofrece una aproximación al narcotráfico como un fenómeno complejo, multidimensional y multicausal, con efectos en los entornos económico, político, cultural, psicosocial y ecológico de la vida colombiana. Un agente perturbador con orígenes y consecuencias diversas frente

al cual es preciso actuar de manera integral y sostenida en todos los escenarios culturales y sociales donde ha echado raíces. Allí hay también una primera propuesta de trabajo.

En una segunda parte se explora el entorno que favorece al narcotráfico, aquellas características geográficas y rasgos sociales y culturales que han hecho posible el desmedido crecimiento del negocio en Colombia y de sus consecuencias sociales, políticas, económicas, culturales e institucionales en la vida nacional.

Esta caracterización es la base para señalar entonces, en la tercera parte, dónde están los retos por enfrentar desde los escenarios culturales y sociales, y cuáles son las líneas de acción a corto, mediano y largo plazos.

Este es, entonces, un abrebocas, una apuesta, un primer paso en una larga tarea de construir un proceso amplio, sólido y sostenible de prevención de la produc-



ción, el tráfico y la distribución de drogas en Colombia, uno de los países que más duramente ha sufrido las consecuencias del que quizá es el más grande y rentable negocio ilícito de la historia de la humanidad. El camino queda, pues, abierto.

CAPÍTULO 1

Cómo detener una tormenta

LLEGÓ POCO A POCO. FUE METIÉNDOSE EN TODOS LOS RESQUICIOS DE LA VIDA COLOMBIANA HASTA COBRAR LA INTENSIDAD DE UNA TORMENTA, QUE ARRASTRA AÚN HOY LA ECONOMÍA, LA POLÍTICA, LA CULTURA, LA ÉTICA Y EL MEDIO AMBIENTE DEL PAÍS, FRACTURANDO EL TEJIDO SOCIAL, AFECTANDO DURAMENTE LA CÉLULA FAMILIAR Y COBRANDO UN MUY ALTO NÚMERO DE VIDAS EN EL TERRITORIO NACIONAL. SUS DIMENSIONES DE CATÁSTROFE MANTIENEN EN VILO A LA SOCIEDAD COLOMBIANA Y LAS CONSECUENCIAS DE SU PASO SIGUEN SORPRENDIENDO A TODO EL MUNDO.

Es el narcotráfico. Un fenómeno que ha signado la vida colombiana del último medio siglo. Luis Jorge Garay, en su ensayo *Construcción de una nueva sociedad* lo califica como la actividad ilegal quizás de mayor rendimiento y poder depredador en el capitalismo de hoy, la cual ha alcanzado un poder desestabilizador inmenso, potencializador de la problemática colombiana de *destrucción social* (Garay 1999).

Una mirada a su capacidad para permear la vida nacional no deja actividad, sector o aspecto exento de su perversa influencia.

En la economía, por ejemplo, con la fuerte inyección de dineros de la droga en la segunda mitad de la década de los setenta y los años ochenta, se originó no sólo inestabilidad cambiaria, afectando el régimen de importaciones y exportaciones, sino la llamada *enfermedad holandesa* en la cual estos abundantes capitales líquidos, que no tienen forma de insertarse en el aparato productivo para generar riqueza, empujaron un consumismo vertiginoso presionando alzas desmedidas en el precio de la tierra urbana y rural, de la vivienda, del arte, del ganado, y un largo etcétera que se vino abajo con la fuerte persecución adelantada al negocio desde comienzos de los años noventa, contribuyendo a la crisis económica de fin de siglo.

Pero también los hechos más importantes de la vida política en los últimos 25 años han estado marcados por el sino de la droga: desde el asesinato del ministro Lara Bonilla, que evidenció la inserción de los barones de la droga en las altas corporaciones democráticas, pasando por el asesinato de cuatro candidatos en plena campaña presidencial de 1990; por la Asamblea Nacional Constituyente, una reacción frente a la corrupción, la impunidad y la violencia maximizadas por el narcotráfico, la que cambió el perfil legal e institucional del país; por el llamado Proceso 8.000 que afectó profundamente las relaciones políticas internas y externas de Colombia y por infinidad de episodios de financiación, sobornos y arreglos orientados a favorecer la producción y el tráfico de sustancias ilegales o a defender a sus agentes, propiedades e intereses.

La justicia fue impactada de manera violenta por el narcotráfico: dos ministros de esta cartera y un Procurador General asesinados, otro ministro herido y una

gran cantidad de magistrados y jueces caídos. La violencia y el poderío de los narcotraficantes obligaron a la creación de una *Justicia sin rostro* que pudiera procesarlos sin grandes riesgos, y de toda una política de sometimiento para lograr el encarcelamiento de los capos. Para los funcionarios judiciales se impuso la que los narcos llamaban *Ley del metal*: '¿Quiere plata o quiere plomo?'¹.

La presión de las balas y la acción de los dineros calientes instauró una percepción más relajada de la ley y de las posibilidades de infringirla, así como creó condiciones para la aplicación de la justicia por propia mano y para el crecimiento de la impunidad.

El terrorismo también ha sido arma de presión, especialmente para el llamado *Cartel de Medellín* liderado por Pablo Escobar, que puso carros bomba, mató más de mil policías y secuestró un amplio grupo de personalidades para evitar la extradición y lograr las mejores condiciones para su sometimiento.

En lo social hay que decir que el narcotráfico abrió los diques de un ascenso que resultaba poco menos que imposible por otros medios en Colombia. De una parte, en las ciudades surgió una casta integrada por capos ostentosos y deseosos de hacer parte de las élites sociales y políticas tradicionales, por traquetos bulliciosos y agresivos, por sicarios, mulas y todo un ejército de trabajadores de las mafias.

Se creó así una subcultura del narcotráfico, con sus propias creencias, valores, esquemas de pensamiento, estilos de vida, actitudes, comportamientos y formas de ver y vivir la vida; una nueva representación social del éxito, de la riqueza y de la respetabilidad y toda una nueva forma de ascenso social. Con esto se desestructuraron de manera súbita tradiciones y costumbres sin el tiempo de asimilación necesario para el surgimiento de nuevas estructuras de soporte. Se impusieron también nuevas costumbres, valores y conductas orientadas únicamente por el afán de lucro acelerado, lo que ha acarreado grandes costos sociales a la nación colombiana².

Se conformaron nuevas estéticas, sobre todo de la ostentación arquitectónica, del vestido y de la celebración, y nuevos lenguajes como el que Alonso Salazar (1998) identificó como *parlache*, lenguaje juvenil surgido en Medellín y derivado de una serie de expresiones, aproximadamente cincuenta, asociadas al crecimiento del narcotráfico y a la muerte. Lenguaje que pronto se extendió a otros estratos y a otras regiones.

Lo narco penetró también la arquitectura, el mercado del arte, la moda y hasta los reinados de belleza.

Y aunque en los últimos años del siglo XX y los comienzos del XXI los narcos, muchos de ellos profesionales con estudios universitarios, han optado por una estrategia de bajo perfil que reduce la ostentación y favorece la mimetización de la riqueza y el poder, el problema sigue presente, pues esos valores no se quedaron sólo en lo material, lo superficial, sino que permearon los afectos, las creencias, los vínculos familiares, las relaciones de los individuos con sus pares y consigo mismos, funcionalizándolas y haciéndolas cada vez más individualistas e interesadas en el lucro y menos orientadas al crecimiento, la solidaridad y el bien común.

Ello condujo a que el sentido y el valor de la vida se hayan deteriorado en forma grave, incrementándose las violaciones a los derechos humanos. También los niveles de solidaridad se han reducido, así como la organización comunitaria y la convivencia³.

¹ Salazar J. Alonso, *La Parábola de Pablo*, Planeta, Bogotá, junio de 2001.

² Gutiérrez, Gabriel, "Costos sociales asociados a los fenómenos de la producción". en Descentralización y Drogas, boletín de la subdirección de Prevención y Desarrollo, DNE, Bogotá, marzo de 2001.

³ Ibid.

El narcotráfico, a través de diversas formas de intimidación y de la compra de tierras a pequeños y grandes propietarios ha sido un impulsor definitivo del fenómeno del desplazamiento interno de personas y también de las migraciones y procesos de colonización en el sur del país, con el auge de los cultivos de coca, lo que además ha traído desarraigo y falta de identidad de los desplazados con el lugar que habitan, su trabajo y su familia.

El medio ambiente tampoco se ha salvado de su influjo. Datos del ministerio del ramo señalan que entre 1984 y 1998 se han utilizado para la producción de estupefacientes más de 900 mil toneladas de precursores químicos, que en buena medida han ido a parar a ríos y lagunas. La misma fuente señala que entre 1974 y 1998 se han destruido entre 850 mil y un millón de hectáreas, para sembrar cultivos ilícitos⁴.



Pero además del desplazamiento y el arrasamiento del entorno natural en las zonas de cultivo el narcotráfico también ha traído al campo el rompimiento de costumbres y prácticas agrícolas de larga tradición, la desestructuración de la familia, el desarraigo y la muerte.

La percepción internacional del país también cambió radicalmente. De Colombia igual esmeraldas y café se pasó a Colombia igual droga, narcos y, en el mejor de los casos, fútbol, una actividad también penetrada por los dineros y los intereses mafiosos.

Finalmente hay que hablar de una de las manifestaciones que mayor impulso ha tomado gracias al narcotráfico: la violencia. Violencia creada por las propias ne-

⁴ Dirección Nacional de Estupefacientes, Plan nacional de lucha contra las drogas, en www.dnecolombia.gov.co

cesidades de poder y respeto para adelantar el negocio, por la lucha contra el Estado y la búsqueda de la hegemonía tanto territorial como dentro del negocio; violencia social e incremento del crimen por venganzas, codicia, retaliaciones, lo que ha estimulado la creación de ejércitos privados de sicarios y paramilitares que imparten su propia justicia y libran diversas guerras.

Violencia que crece alimentada por el aporte que los dineros del narcotráfico hacen al conflicto armado, al fortalecer una guerrilla que deriva una cantidad considerable de sus ingresos del impuesto del gramaje y la producción y tráfico directo de cocaína.

Muchos de los más de 30 mil muertos que arroja anualmente la violencia son causados, si no por el narcotráfico, sí por la amplia maquinaria de violencia que ha movilizado y hoy, cuando los grandes carteles se han desmovilizado, no tiene rumbo fijo. Pero también por la cultura que los narcotraficantes han ayudado a fortalecer, en la que la vida, el respeto por el otro, la solidaridad y la justicia no tienen ningún valor.

UNA OPCIÓN CULTURAL

El conjunto de los fenómenos y manifestaciones ligados a la producción y tráfico de sustancias ilícitas reviste alta complejidad y su análisis requiere la revisión de múltiples dimensiones. No cabe duda que al mismo se puede aplicar lo que la teoría del caos llama el “efecto mariposa”, que dice que el batir de alas de una mariposa puede causar un huracán a miles de kilómetros de distancia. Pues bien, de la misma manera se podría decir que esa legión de personas que aspiran polvo blanco al unísono logra crear una tormenta de sangre y destrucción en el país, un trastorno económico en todo el mundo y un rastro de adicción y delincuencia que comienza a crecer con las matas de coca sembradas por agricultores sin futuro en las planicies del sur.

Este fugaz recuento pretende únicamente hacer ver cómo el fenómeno del narcotráfico tiene un comportamiento sistémico, integral, afectando todas las actividades de los colombianos y cuyo enfrentamiento debe asumirse de la misma manera, mediante una mirada totalizadora, comprensiva, que avance hacia metodologías de prevención más integrales y abra el hoy estrecho abanico de la interdicción y la penalización.

Máxime cuando el control del problema de las drogas no depende de manera exclusiva de un solo país como Colombia, sino es un problema mundial fortalecido principalmente por una demanda que crece desde los años setenta.

¿Cómo detener entonces esa tormenta que ha penetrado sin medida los diferentes aspectos de la vida nacional?

La respuesta parece pueril: las tormentas no se pueden detener. Como tampoco se pueden detener o erradicar los terremotos. Lo que sí se puede hacer es acciones de prevención ante estos fenómenos.

A propósito Luis Carlos Restrepo, en una mesa de trabajo en la que se exploraba el tema de la prevención en producción y tráfico de drogas⁵ hacía el siguiente comentario:

“... hemos tenido un aprendizaje enorme a partir de la gente que participa y trabaja en la prevención de desastres. Tal vez una de las cosas más interesante de las personas que se dedican a la prevención de terremotos es que nunca dicen ‘voy a erradicar los terremotos’, o ‘vamos a erradicar ese volcán’; ellos

⁵ Dirección Nacional de Estupefacientes, “Hacia la definición de la prevención en la producción y el tráfico de drogas en Colombia, seminario, mimeo, Bogotá, noviembre de 2000.

son más modestos, asumen que el volcán y el terremoto están allí, que incluso vivir en una zona volcánica tiene sus ventajas pero que (también) tiene unos riesgos y que esos riesgos hay que gestionarlos socialmente.

“Entonces la prevención se convierte en una gestión social del riesgo para convertir la vulnerabilidad en oportunidad. Una modificación un poco más modesta y eso implica por supuesto partir del hecho de que allí está presente el problema”.

En el caso de un volcán o un terremoto será entonces necesario desarrollar procesos de información y capacitación sobre fenómenos de este tipo, analizar la ubicación de las comunidades alrededor del volcán o la falla geológica, diseñar estrategias de evacuación, preparar albergues de emergencia, desarrollar habilidades específicas y establecer funciones para cuando se dé el evento. De la misma manera en el caso de las drogas habrá que hacer no sólo un esfuerzo policivo y judicial, sino uno envolvente, global, que abarque todos los aspectos y las vulnerabilidades de la ciudadanía.

Pero para hacer prevención de la producción y el tráfico de drogas existen otros aprendizajes aún más cercanos. Son aquellos surgidos de la prevención del mismo consumo de drogas. Con el tiempo se ha aprendido que antes que decir No a la Droga o satanizarla lo que se debe hacer es disminuir las vulnerabilidades favoreciendo la construcción de redes de afecto, trabajando en el fortalecimiento de las identidades, de los valores y las costumbres que defienden la vida, la autonomía y la dignidad, y en las posibilidades de cada cual para construir su futuro. Es lo que se ha dado en llamar prevención *inespecífica*.

Este mismo modelo de prevención bien puede aplicarse en el campo de la producción, tráfico y distribución de sustancias psicoactivas pues el principio que ha conducido a Colombia a sumergirse en este negocio es quizá el mismo que lleva a un joven al consumo de una droga: la vulnerabilidad ante el estímulo. Y en el caso colombiano las vulnerabilidades son múltiples: la miseria, el individualismo y el rentismo, la ambición, la corrupción en la política y la administración pública, el poco control ejercido por el Estado, el conflicto armado, la inoperancia de una moral cristiana arrasada por la modernidad y la ausencia de una ética civil, entre muchos factores que se analizarán más adelante.

Entonces el modelo de prevención desde el entorno cultural⁶ se plantea alrededor de la identificación y disminución de vulnerabilidades y la construcción de fortalezas en los contextos sociales, económicos, políticos y familiares e individuales de la vida nacional, asumiendo que es en ellos donde las percepciones, las creencias, los valores y las costumbres influyen sobre las decisiones y las posturas de los individuos y las comunidades frente al problema.

Este modelo responde, además, a las tendencias en la evolución del trabajo en prevención de drogas que muestra cómo se está avanzando de un paradigma reactivo a uno proactivo y de una concepción unicausal a una multicausal, dándole al trabajo un enfoque globalizante, centrado más en el ser humano y la sociedad y menos en la droga.

La prevención, así, debe verse como un hecho humano e implica revisar, como se ha mencionado, los procesos socializadores de la familia, la escuela y la comunidad, las relaciones personales y las políticas, los imaginarios colectivos e infinidad de factores.

⁶ Asumiendo el concepto de la cultura como un entramado de significados compartidos, significados que obtienen su connotación del contexto (geografía, clima, historia y procesos productivos), pero que habita en la mente de los individuos dándoles una identidad cultural específica; justificándose el argumento teórico que dice que la cultura está tanto en la mente de los individuos como en el ambiente en que ellos viven.

Todo esto hace parte de la mencionada prevención inespecífica, que comprende aquellas estrategias dirigidas al desarrollo de habilidades para la vida, promoción de conductas saludables, fortalecimiento de valores y actitudes y reducción de riesgos y vulnerabilidades. Esta prevención inespecífica funciona además para múltiples problemas socioculturales, como el embarazo precoz, o el VIH/SIDA, o la violencia intrafamiliar.

Ahora bien, para encarar aspectos específicos al problema de las drogas, como en el caso del consumo, las adicciones, o en el caso de la producción y el tráfico el lavado de activos, la sustitución de cultivos o el tráfico de precursores hace falta aplicar la llamada prevención específica, en la que especialistas de cada área aplican estrategias o metodologías puntuales para solucionar técnicamente problemas que tienen que ver con disciplinas determinadas.



En la prevención de la producción y el tráfico de sustancias las estrategias y metodologías de prevención específica –mucho más que las atinentes a la prevención inespecífica– están por construir en su totalidad y es allí donde la experiencia, el conocimiento y la creatividad de quienes trabajan en el tema pueden aportar mucho.

Y hay que decir que en prevención Colombia tiene una amplia experiencia: en las áreas de salud, desastres, drogadicción, maltrato infantil, por mencionar solo algunas, el Estado y las ONG han construido saberes que seguramente servirán de apoyo a la hora de desarrollar una propuesta para la prevención de la producción y el tráfico de sustancias psicoactivas.

Pero, como se decía más arriba, un problema que ataca a todos los contextos y componentes de la vida nacional debe ser enfrentado no sólo en toda su com-

plejidad, sino en busca de una acción sistémica, integral, que afecte de manera paralela todas sus dimensiones, para lograr así mismo un mejoramiento global del contexto colombiano.

TRABAJO INTEGRAL, DESCENTRALIZADO Y COMPARTIDO

La prevención de la producción y el tráfico de sustancias ilegales es un campo en el que existen grandes interrogantes y pocas certezas, una de las cuales es la necesidad de ir más allá de los métodos de interdicción y penalización, que aunque son efectivos a ciertos niveles, no bastan para enfrentar un fenómeno de muchas y muy complejas dimensiones; y hacerlo de manera amplia, multidimensional, a todos los niveles y en todos los lugares donde se manifiesta el fenómeno es una necesidad imperativa.

Este es también un campo absolutamente virgen en el que, excepto dos documentos que recogen las reflexiones de algunos expertos de ONG y funcionarios del Estado en mesas de trabajo organizadas por la Dirección Nacional de Estupefacientes⁷ parece no haber nada escrito.

Es un camino por recorrer en el cual deben confluir los esfuerzos, la creatividad, el conocimiento, la voluntad política y los recursos de organismos multilaterales internacionales, agencias de cooperación, gobierno central y gobiernos regionales y locales, así como de ONG y organizaciones sociales.

Para ello se plantea trabajar principalmente bajo tres parámetros: integralidad, descentralización y participación ciudadana.

Tal como lo propone el Plan nacional de lucha contra las drogas, la integralidad es un principio central de la acción estatal frente al fenómeno. “La solución del problema de las drogas en Colombia es de carácter integral, con acciones en todos y cada uno de los eslabones de la cadena que conforman los circuitos de la oferta, de la demanda y de las actividades asociadas al problema; y que son realizadas por distintas instituciones, oficiales y privadas, las cuales deben tener papeles claramente definidos”⁸.

Por ello una de las siete estrategias que plantea el Plan es la de la prevención integral, entendida como “el conjunto de procesos y estrategias orientadas a minimizar las posibilidades de vinculación de los individuos o los grupos sociales a cualquiera de las prácticas relacionadas con las diferentes manifestaciones del problema de las drogas”⁹.

Un enfoque integral y sistémico de prevención significa no sólo un trabajo multidimensional, global, que atraviesa toda la complejidad del fenómeno, sino un esfuerzo multidisciplinario e interinstitucional en el cual interviene un amplio conjunto de instituciones estatales y no gubernamentales de todos los niveles y regiones del país.

Esto involucra una estrategia central al propósito de prevención en el contexto cultural: la descentralización, también propuesta en el plan. La descentralización comprendida no solamente como un proceso de entrega de responsabilidades y funciones sino de fortalecimiento de focos de acción regional y local, de apertura de espacios para la creación y validación de conocimientos, de promoción de

⁷ Op. cit

⁸ Dirección Nacional de Estupefacientes, Plan nacional de lucha contra las drogas, en [www. dnecolombia.gov.co](http://www.dnecolombia.gov.co).

⁹ Dirección Nacional de Estupefacientes, Plan nacional de lucha contra las drogas, en www. dnecolombia.gov.co.

iniciativas y estrategias para el trabajo local y de crecimiento y consolidación de sinergias que hagan más sólido, amplio y estable el esfuerzo de prevención.

La descentralización es además indispensable para trabajar las especificidades que el problema adquiere en cada región y establecer las estrategias adecuadas a cada una.

En este contexto alcanza una gran importancia el trabajo de los consejos seccionales de estupefacientes y las estructuras regionales y locales de prevención y control de drogas. Primero porque son quienes enfrentan de manera directa las manifestaciones del problema y, por tanto, quienes han desarrollado gran cantidad de saberes, experiencias y estrategias que pueden ser muy valiosos para todos. Y segundo porque es preciso romper el esquema paternalista y centralizado según el cual el gobierno central propone todos los programas y las regiones reciben *las soluciones*.

No puede haber mundos idílicos contruidos desde los escritorios de Bogotá. La realidad está en las regiones y es allí donde debe interpretarse, donde se deben construir de manera participativa las soluciones y donde se deben recabar las sinergias y los apoyos para llevar a cabo los proyectos.

Es en este contexto donde tiene un papel fundamental la participación. Los ciudadanos, las comunidades son el origen y la finalidad de toda esta acción. No puede existir un trabajo estatal eficaz sin el conocimiento, la comprensión, el respaldo y la participación en las decisiones del conjunto de la comunidad.

Para que exista participación ciudadana es necesaria una oferta amplia de información y la apertura de posibilidades al conocimiento del problema, es necesaria también una gestión abierta y dispuesta al diálogo y la concertación de parte de las estructuras regionales y locales, es necesaria la movilización de los ciudadanos alrededor de imaginarios y propósitos claros y, sobre todo, su convocatoria a participar activamente en la planificación, ejecución y veeduría de los proyectos que los afectan.

Esta publicación es, entonces, el primer paso de un largo camino que pretende abrir un abanico de investigación, análisis, comunicación y deliberación en torno al tema de la prevención de la producción, el tráfico y la distribución de drogas en el contexto de la cultura. Un camino en el cual todos los polos y actores del esfuerzo de prevención, incluidas allí las comunidades, tendrán un espacio para expresarse, para intercambiar y promover ideas, metodologías, estrategias y proyectos que contribuyan al esfuerzo preventivo.

Es un trabajo de largo aliento en el cual los grandes resultados estarán en el largo plazo. Por ello es necesario estructurar planes de prevención en las áreas de la producción, el tráfico y la distribución de drogas combinando el corto, el mediano y el largo plazos, de manera que no sólo se comiencen a ver resultados tempranos, lo que seguramente motivará mucho más el trabajo, sino que se pueda dar solución inmediata a aquellos problemas que así lo requieran y, paralelamente, se comience a trabajar en aquellos aspectos que exijan mayores plazos.

La invitación es entonces a fortalecer las estructuras regionales y locales de prevención y control, a orientar el trabajo hacia resultados concretos y tangibles, a tocar puertas tras de las cuales existan posibilidades de colaboración y financiación y, sobre todo, a proponer. Proponer investigaciones, proyectos de prevención, metodologías y estrategias de trabajo, así como opciones de apoyo comunitario, por ejemplo.

La intención de la Dirección Nacional de Estupefacientes será la de mantenerse abierta al diálogo y dispuesta a impulsar y apoyar aquellos esfuerzos que demuestren viabilidad, sostenibilidad y eficacia.

Bola de nieve

SEGÚN DATOS DE NACIONES UNIDAS¹ EN 1999 LA DISPONIBILIDAD DE COCAÍNA EN EL MERCADO MUNDIAL FUE DE 765 TONELADAS. CERCA DEL 67% DE ELLAS SALIERON DE COLOMBIA, DONDE SE HAN CONCENTRADO LAS PRIMERAS, MÁS DEPREDADORAS Y MENOS RENTABLES ETAPAS DE SU PROCESO: EL CULTIVO DE LA HOJA, EL PROCESAMIENTO DE LA PASTA, LA ELABORACIÓN DE LA COCAÍNA Y EL TRÁFICO DE LA SUSTANCIA HACIA TODO EL MUNDO.

¿Qué ha hecho que en Colombia haya prosperado de tal manera el negocio de la producción y el tráfico de drogas?

Las razones son muchas, y también sus respectivas interpretaciones. Una exploración de ese entorno favorable al narcotráfico y de las consecuencias de todo tipo que ha tenido su ejercicio en el país permitirá, seguramente, establecer un claro marco de acción al trabajo de la prevención desde la perspectiva de la cultura.

UN PROBLEMA MULTILATERAL

El alto consumo de drogas de la sociedad occidental –solamente en Estados Unidos hay tres millones de consumidores habituales de cocaína²– crea, de hecho, una oferta que lo satisfaga, una industria ilícita dispuesta a llegar, a como dé lugar, a consumidores ávidos y bien provistos de recursos en casi todo el *primer mundo*.

Esto hace de la cadena producción–tráfico–consumo de sustancias un problema multilateral y una responsabilidad compartida tanto por las naciones donde predomina la producción y el tráfico como por aquellas mayoritariamente consumidoras, aunque esta diferencia no sea tan marcada en la actualidad.

Sin embargo, las políticas y las acciones concretas en procura de la reducción del consumo no han arrojado resultados plausibles, lo que ha mantenido una demanda creciente. Una demanda que alienta de manera constante la producción y el tráfico, procesos que han sido fuertemente combatidos pero que no dan muestras de retroceder.

En el caso de Colombia, la demanda de sustancias ha encontrado un entorno geográfico y cultural favorable al crecimiento del negocio. Un entorno con un conjunto de oportunidades y carencias que llevaron, a un incipiente y reducido

¹ Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, Comisión de Estupefacientes, Informe del director ejecutivo al 44º período de sesiones, Viena, marzo de 2001.

² *Ibíd.*

negocio de finales de los años sesenta a convertirse en una industria de proporciones multinacionales.

Para empezar a perfilar ese entorno hay que mencionar la privilegiada posición geoestratégica del país: ubicado en la zona más septentrional de Suramérica, Colombia ha sido desde siempre lugar de tránsito obligado de pueblos y mercancías que se mueven a lo largo de América. Esto, unido a sus amplias costas en dos océanos y a las extensas y tupidas selvas a lo largo de casi todas sus fronteras terrestres ha favorecido el contrabando de todo tipo de artículos.

Pero también está su gran variedad de pisos térmicos, que ha hecho posible sembrar con éxito marihuana, coca y últimamente amapola, cultivos que han florecido gracias, además, a las dificultades de acceso y control de muchos de los lugares donde se ubican.



Estas características, sumadas a muchas de las que se tratarán a continuación hicieron posible una larga tradición de contrabando que se remonta hasta la Colonia, tradición que sembró una infraestructura definitiva para el rápido y seguro surgimiento del tráfico de marihuana y, posteriormente, de cocaína en el país.

EL ENTORNO CULTURAL

Además de los aspectos geográficos existen características del entorno cultural colombiano, valores y prácticas individuales y sociales que han facilitado la expansión de las organizaciones criminales que trafican con drogas en el país.

Características que Colombia comparte en mayor o menor medida con toda Latinoamérica y con el Tercer Mundo pero que, dado el amplio espectro de las

mismas en el país, su intensidad y peculiaridad, hacen de Colombia un caso muy especial.

Una primera característica, y una de las más compartidas, es la exclusión social, económica y política de amplios sectores de la población. Exclusión que significa desigualdad, pobreza, invisibilidad política y violencia, como consecuencia de la pretensión de remontarla mediante las armas. Pero una exclusión que es doblemente sentida al enfrentarse a un mundo globalizado en el que se imponen los valores y el estilo de vida de un primer mundo cómodo, exitoso y adinerado, en constante propaganda y muy lejano de las posibilidades de los excluidos.

El narcotráfico se presenta entonces como oportunidad única, rápida y efectiva de conseguir abundantes recursos para remontar esa exclusión y obtener el éxito y las comodidades que propone la sociedad occidental.

A eso se le une la ausencia de una ética ciudadana y la pérdida de interés por observar los valores que dan cohesión a cualquier sociedad. Colombia se rigió hasta mediados del siglo pasado por una moral cristiana aclimatada en una sociedad mayoritariamente rural. Con la urbanización acelerada del país el aparato moral sufrió una suerte de dislocamiento en el que se conservaron los símbolos y las expresiones de adhesión a principios pero se contravinieron todos ellos en la práctica.

A cambio de esa moral religiosa, la sociedad colombiana ha avanzado de alguna manera en la construcción de una ética civil, entendida como ese conjunto de normas legítimas para vivir la libertad individual en sociedad, la misma Constitución de 1991 ha sido un gran esfuerzo por llegar al Pacto social de convivencia que permitiera superar la crisis de violencia que arrastra el país. Sin embargo, con ella sucedió lo mismo que con todas las normas en Colombia: están escritas, se les rinde tributo, pero no constituyen un norte acatado por todos.

Los valores perdieron su preponderancia en una sociedad en la que el concepto de *bien común* desapareció casi por completo, lo que ha larvado un acendrado individualismo. En palabras de Luis Eduardo Hoyos:

“En cuanto el mercado ilegal de drogas se presenta como uno de los más lucrativos negocios del mundo, estimula y fermenta la hipertrofia individualista. Ahora bien, Colombia es un país en el que están dadas condiciones sumamente favorables para el crecimiento desmesurado del pequeño grupo ligado a un interés o para el crecimiento del individuo. En estas circunstancias, un negocio que rinde tanta utilidad en tan poco tiempo, le viene a esta sociedad como anillo al dedo.

“Pienso que lo crucial en las cuestiones morales está constituido por la conciencia que el individuo tiene de sus vínculos fundamentales con la sociedad y con los otros individuos de forma que sea capaz de reconocer en sus actos con consecuencias para los otros, lo que en estos actos podría quebrantar la búsqueda colectiva del bienestar. De acuerdo con esta conciencia el individuo evitaría, al menos, cometer estos actos. Me parece que esa conciencia se halla ausente de un modo dramático en la sociedad colombiana. La inconsciencia del individuo respecto de su vínculo esencial con los demás, respecto de su responsabilidad en la búsqueda colectiva del bienestar crece, por lo demás, en proporción directa con la incapacidad del Estado para asistir, administrar debidamente y mediar en los conflictos de intereses”³.

³ Hoyos, Luis Eduardo, “El narcotráfico en la sociedad colombiana”, en *Revista Número* No. 7, Bogotá, agosto-octubre de 1995.

Estas afirmaciones de Hoyos también ponen en escena otro de los factores cruciales para el crecimiento desmesurado del narcotráfico en Colombia: las dificultades del Estado para atender todos los requerimientos de la sociedad. Y esas dificultades se presentan en múltiples dimensiones.

De una parte en su capacidad de garantizar el control y la aplicación de la ley en todo el territorio, lo que favorece tanto al tráfico como a la producción de sustancias, una situación que ha llevado a la sustitución del Estado "...por parte de grupos o intereses privados en el arbitrio de relaciones políticas, económicas, culturales y sociales en la sociedad, relegándose el imperio del *bien común* en favor de propósitos individualistas o grupales que no necesariamente reflejan el interés colectivo"⁴.

El Estado también ha tenido históricamente dificultades para garantizar de manera equitativa y global el acceso a servicios como la educación, la salud, la vivienda, la formación profesional y muchos otros que harían posible el disfrute igualitario de los medios de creación de riqueza y de la democracia, lo que en la práctica ha mantenido una situación de pobreza y falta de oportunidades laborales, culturales y políticas.

Esta dificultad de acceso a la democracia y a los servicios estatales ha favorecido el crecimiento del clientelismo, mediante el cual se negocia con los servicios estatales, las leyes y los cargos de la administración en beneficio individual de quienes detentan el poder, lo que también favorece ampliamente al crimen organizado, que tiene suficientes recursos para esas negociaciones.

Uno de los servicios más castigados por esta situación es la justicia, lo que ha hecho crecer la impunidad y, por consiguiente, la comodidad con que han operado en muchos casos los traficantes y productores de sustancias.

Asociado con la fragmentación del tejido social, con la desinstitucionalización del Estado, con la corrupción y la impunidad y con la ausencia de una ética ciudadana legítima y acatada por todos, está la profunda ausencia de lo público. De un *espacio público* en el que se tramiten de manera democrática y legítima los intereses de todos los colombianos y en el que tengan expresión las voces diversas de los grupos de intereses gremiales, regionales, locales, culturales, políticos, cuya fuerza y recursos no alcanzan a superar los intereses de los poderosos y los requisitos exigidos para su visibilidad en los medios de comunicación.

Este es quizá el aspecto que lleva con mayor insistencia a los especialistas a hablar de Colombia como una democracia premoderna, al no alcanzar la suficiente madurez para construir el espacio de *lo público* donde se legitime, se exprese, se delibere y se obtenga el reconocimiento a los derechos y la respuesta a las expectativas y necesidades de los individuos y las comunidades que hacen parte de la nación colombiana, de manera democrática e igualitaria.

Frente a ello la reacción de los colombianos es el "sálvese quien pueda" que empuja aún más hacia el individualismo y la dilución del sentido de nación.

Pero estas expresiones podrían también presentarse como reacción a lo que Luis Jorge Garay llama el rentismo, que consiste en el usufructo de *facto*, por grupos poderosos, de su privilegiada posición en la estructura política y económica del país, para la satisfacción egoísta y excluyente de intereses propios a costa de los intereses del resto de la población. Eso es lo que vulgarmente se llama *valerse de los apellidos*, de las *palancas* o de las influencias logradas con el poder o el dinero para obtener beneficios individuales que deberían ser públicos, práctica que, por otra parte, está inserta en la cultura nacional desde el propio inicio de la República.

⁴ Garay, 1999. *op. cit* pp. 2.

El rentismo está estrechamente asociado a la corrupción y al clientelismo, todo lo cual enrarece el entorno político hasta convertirlo en un aparato que, mientras favorece la acumulación de unos pocos, impide sistemáticamente el crecimiento de aquellos que no quieren o no pueden transar, cerrando al máximo las posibilidades de movilidad social y explicando cómo un carnicero local o un pequeño bandido llegaron a ser grandes multimillonarios gracias al narcotráfico: querían surgir, tenían el talento, pero el único camino abierto era el de la ilegalidad.

Ahora bien, esas limitaciones del Estado, esas manifestaciones evidentes del rentismo, del clientelismo, de la corrupción, esa falta de oportunidades para quienes viven en la pobreza y la desesperanza dieron origen a un conflicto armado y a unas organizaciones subversivas que, a la postre, no sólo sirvieron de apoyo al crecimiento y fortalecimiento del negocio de las drogas, sino que hoy hacen



parte importante del mismo, alejándose cada vez más de los intereses ideológicos y políticos que las originaron.

En efecto, algunas organizaciones guerrilleras en Colombia comenzaron su relación con el narcotráfico al cobrar impuestos sobre la pasta de coca y la cocaína procesada que se producía en las extensas zonas del sur del país controladas por ellas y al derivar otros ingresos de la protección militar a cultivos y laboratorios. Esto favoreció a los narcotraficantes pero también, y muchísimo, a las guerrillas, que pronto encontraron en el rubro de las drogas sus mayores ingresos; ingresos que los llevarían a fortalecer inmensamente su capacidad militar. Hoy, tanto guerrilleros como los llamados paramilitares participan de manera activa en la producción y el tráfico de drogas.

Estos son quizá los principales aspectos que han llevado al narcotráfico a enraizarse profundamente en la vida colombiana y a tener la viabilidad que ha tenido en el país. Sin embargo, hay que decir que esta visión de la problemática de la sociedad y de la cultura colombianas debe ser puesta en su propia perspectiva histórica: Colombia es un país joven que lucha todavía por construirse como una nación democrática, incluyente, pluralista, equitativa y solidaria, y esa lucha produce fricciones y problemas de todo tipo. que no se pueden comparar con los de países con tradiciones democráticas, políticas y culturales de más larga data.

Ahora bien, ¿cuáles han sido las consecuencias sociales, económicas y culturales del narcotráfico en Colombia? Es una pregunta muy difícil de contestar, por lo amplia y compleja, pero a continuación se hará un intento de caracterizarla en bien de la búsqueda de frentes de trabajo para una recomposición cultural, ética y política del país.

LA BOLA DE NIEVE

Los mismos problemas que han ayudado al narcotráfico a acomodarse en el panorama nacional han sido exacerbados por la influencia de los dineros, la violencia y la ilegalidad que moviliza el negocio de la producción y tráfico de sustancias psicoactivas. El narcotráfico ha sido entonces el maximizador y articulador de un conjunto de problemas que han puesto frente al abismo como nunca antes a la sociedad colombiana.

El dinero del tráfico de drogas ha sido el agente que con mayor eficacia ha corroído la débil consistencia ética de la nación, diluyendo al máximo el aprecio por los valores que favorecen la convivencia social y el respeto por la vida y la integridad de los otros. Le ha restado valor a la vida y se lo ha conferido al mismo dinero, al éxito y la riqueza rápida, que ocupan el primer lugar en la escala de valores de un amplio grupo de colombianos que buscan emerger a toda costa en la escala social.

Pero también otros tipos de valores han surgido asociados con el enriquecimiento rápido y son los del culto al consumismo suntuario, a la violencia y la admiración por lo violento, así como la exaltación del individualismo.

El narcotráfico ha contribuido al surgimiento de una “aculturación mafiosa”, como la llama Garay⁵ en la que la ley es aquella impuesta por la fuerza derivada de las armas o del dinero y todas las normas existentes son objeto de negociación o de trasgresión, abierta e impune. El agravante de esto es que se ha llegado a una situación en la que sólo quienes se arman o quienes se organizan para protestar de manera violenta son escuchados. Los ciudadanos inermes son invisibles.

La mafia de las drogas también encontró un precio para todo y para casi todos. La corrupción, que había sido hasta los años setenta una tradición nacional recibida con resignación y hasta benevolencia, creció en proporciones epidémicas gracias al narcotráfico, que se ocupó de crear lealtades y facilidades en todos los niveles de la administración pública y en no pocas empresas privadas.

Las carencias y dificultades del Estado en este escenario de impunidad y exacerbación de la violencia, que sucesivos gobiernos se han esforzado por reducir, han llevado al incremento de la suplantación de su poder legítimo ya sea por parte de una guerrilla que se ha expandido y fortalecido ampliamente gracias a su participación en el negocio o a un llamado paramilitarismo que surgió como opción de defensa de los narcotraficantes y ha crecido a la sombra de sus necesidades de expansión y defensa territorial. Todo lo cual consiguió una intensificación y endurecimiento del conflicto armado colombiano, que gracias al negocio de las drogas se hace cada vez más complejo y difícil de enfrentar.

Pero otro aporte importante del narcotráfico a la violencia en el escenario colombiano, sobre todo en la fase de los grandes carteles (finales de los años setenta a principios de los noventa, aproximadamente) y del narcoterrorismo, fue la amplia consolidación de bandas de sicarios y otros tipos de delincuentes, armadas y entrenadas para matar y cometer todo tipo de ilícitos, que hoy se dedican a cuidar sus territorios urbanos y a trabajar a destajo para las más variopintas empresas criminales.

Todo este panorama, unido a la creciente pobreza y desempleo producto de la crisis económica que ayudó también a precipitar el narcotráfico, con la salida súbita de dineros al ser perseguidos los carteles en la segunda mitad de los años noventa, ha engendrado en el imaginario colectivo de los colombianos una percepción pesimista del futuro, ensombreciendo las expectativas y esperanzas sobre lo que serán sus vidas.

⁵ Garay, 1999. *op. cit.*

¿DE DÓNDE ECHAR MANO?

Primero hay que decir que los violentos y los vinculados a negocios ilícitos son una minoría en Colombia. Una minoría fuerte y ruidosa, pero definitivamente una minoría. El país tiene una amplia reserva social y cultural, fortaleza de la cual se puede echar mano para salir adelante y enfrentar de manera amplia, comprensiva y decidida ese espectro de problemas maximizados por el narcotráfico.

De una parte hay que decir que los colombianos somos creativos, emprendedores y gozamos de ingenio y buen humor, aspectos que podrían parecer fútiles después de un análisis tan descarnado, pero que suman muchas posibilidades emocionales y afectivas a un esfuerzo de reconstrucción cultural de la nación.



También hay que decir que existe un fuerte entramado de expresiones culturales que dan cuenta de nuestra identidad y expresan, en cierta forma, los anhelos, expectativas y comentarios sobre nuestro entorno.

Si bien seguimos siendo una nación premoderna en ciertos aspectos, a partir de la Asamblea Nacional Constituyente se hacen diversos esfuerzos de pedagogía constitucional y democrática, así como de organización y de participación comunitaria, motivados en buena parte desde el Estado, que han ido creando focos de deliberación pública y esfuerzos de participación ciudadana que bien podrían servir de apoyos para un trabajo de reconstrucción cultural.

Detrás de estos esfuerzos está también un conjunto amplio y carismático de organizaciones no gubernamentales que se han convertido poco a poco en interlocu-

toras del Estado y en agentes de cambio en muchísimos sectores de la vida nacional. Su trabajo, fortalecido y apoyado ha aportado de manera significativa al país.

El Estado ha desarrollado también sus fortalezas: de una parte se adelantó un profundo proceso de depuración en la Policía Nacional, que le permitió enfrentar una lucha efectiva contra los carteles de la droga, hasta desarticularlos y poner a sus cúpulas tras las rejas. De otra un proceso de reingeniería de las Fuerzas Armadas que le permitirá enfrentar con mayor eficacia a los violentos.

También están todos los esfuerzos realizados en programas de organización y participación comunitaria en salud, medio ambiente, descentralización, cultura, democracia local, así como los de mejoramiento de la calidad y ampliación de la cobertura en educación y salud.

Hay que mencionar aquí los trabajos del Plan nacional de rehabilitación, PNR, y de la Red de Solidaridad Social, que es su descendiente directa; las metodologías desarrolladas para trabajar con jóvenes en las Casas de la Juventud, los esfuerzos para erradicar cultivos ilícitos y fortalecer a los pequeños agricultores con el Programa Plante, las redes de participación en salud y muchos otros programas que evidencian una acentuada preocupación por lo social desde hace ya bastante tiempo. Una preocupación por tratar de romper la marginalidad y fortalecer la democracia en Colombia.

Finalmente, es necesario echar mano del propio deseo de los colombianos de superar este escollo y construir la nación que lleve a todos a un futuro de bienestar, democracia y equidad social y económica.

¿Cuáles podrían ser los caminos para enfrentar entonces esta gran bola de nieve, esta tormenta del narcotráfico, fortaleciendo a Colombia, a los ciudadanos, su



ética, su cultura, sus redes sociales, sus afectos, sus oportunidades económicas, sus organizaciones y sus posibilidades de participación en lo público? La respuesta a esta pregunta es, precisamente, el objeto del tercer y último capítulo de esta publicación.

PARA ENFRENTAR EN FORMA GLOBAL EL FENÓMENO DE LAS DROGAS ES NECESARIO IR MUCHO MÁS ALLÁ. IR MÁS ALLÁ DE LA INTERDICCIÓN Y LA ACCIÓN POLICIVA; MÁS ALLÁ DEL ANÁLISIS ECONÓMICO Y EL ABORDAJE JURÍDICO DEL PROBLEMA; DE LAS CAMPAÑAS COYUNTURALES Y DE LAS ESTRATEGIAS PUNTUALES.

Ir más allá significa adquirir una mirada totalizadora en la que estas acciones se integren a un trabajo enfocado en lo social y lo cultural, que le permita a la nación en su conjunto hacer un esfuerzo integral frente al problema.

Se trata de adoptar un enfoque sistémico y sostenible que permita trabajar en todo el espectro de la vida colombiana para disminuir vulnerabilidades e incrementar y desarrollar fortalezas. Este será el camino para crear sinergias que desplacen mucho más la influencia del fenómeno y debiliten en forma radical su dinámica.

Enfrentar integralmente el fenómeno de la producción, el tráfico y distribución de drogas significa entonces integrar los contextos militares, jurídicos, económicos, ambientales y políticos a los esfuerzos desde la sociedad y desde la cultura. Intervenir los entornos sociales y culturales en los que se desarrolla el narcotráfico plantea el preparar a cada colombiano para que desde sus valores y creencias, desde su familia, desde su barrio, desde su trabajo y desde su adscripción ciudadana esté preparado para enfrentarlo.

Esta mirada es la que permitirá, con el tiempo, construir un modelo de prevención (inespecífica) del narcotráfico desde la cultura, que actúe en todos los contextos de la vida de las personas: en los valores, las creencias, en el imaginario colectivo, en los comportamientos sociales y políticos, en la educación y en la formación para el trabajo, y permita fortalecer el entorno económico, jurídico, ético, social y cultural para sacar este ilícito de la vida nacional.

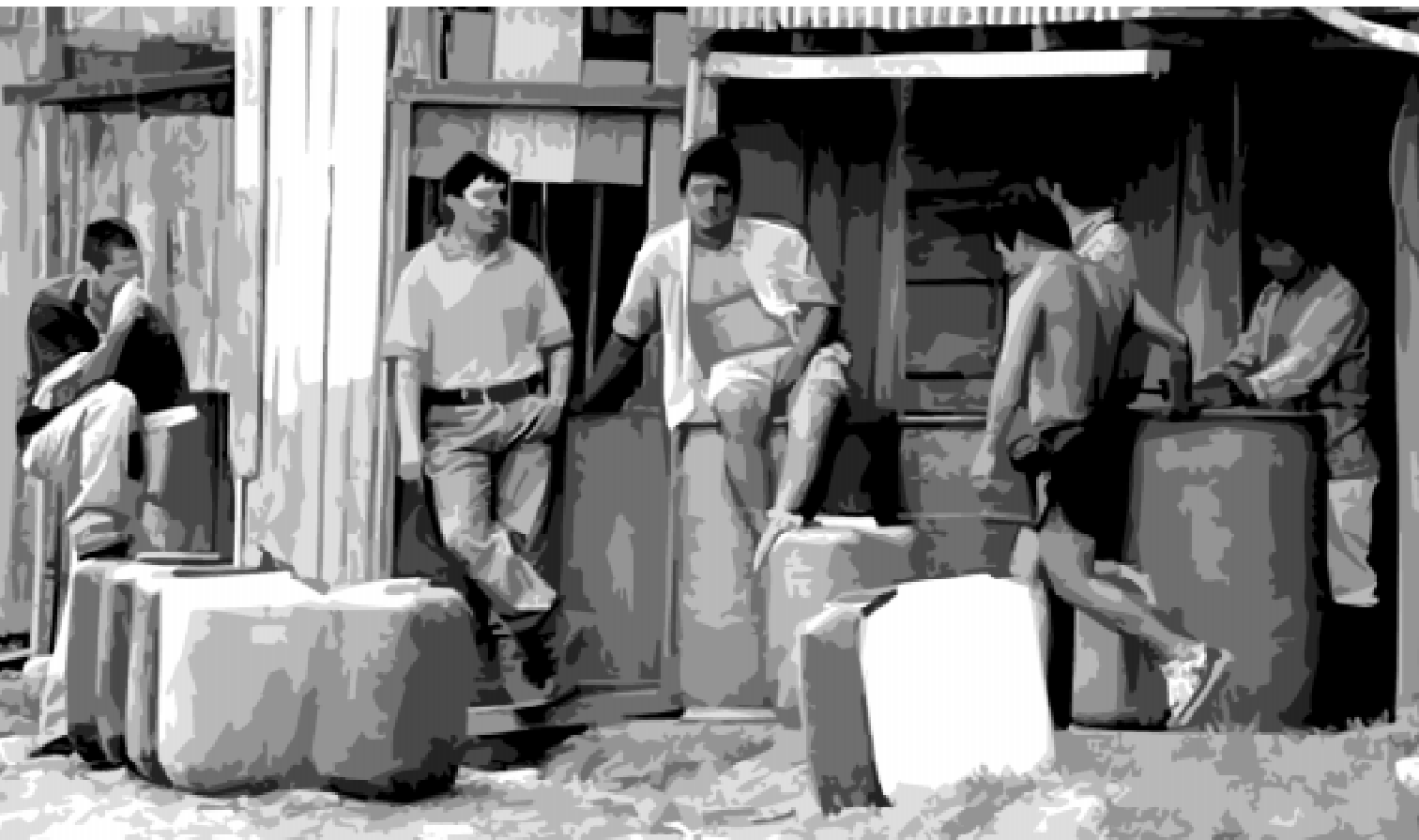
¿CUÁL ES LA HIPÓTESIS?

Un individuo, una familia, una comunidad, una nación con valores claros y fortalecidos, con una identidad sólida y compartida, con sentido de pertenencia, de futuro, con un proyecto común y un sentido del bien común y de lo público son mucho más fuertes para enfrentar la seducción del narcotráfico. Pero también lo son un individuo y una familia que perciben un entorno donde se acatan las leyes, se respetan los derechos y se abre paso a las oportunidades, por pequeñas que sean; que sienten respeto y admiración, bien ganados, por su dirigencia, que creen en el futuro, que confían en ellos mismos y en sus comunidades.

Esta hipótesis supone no sólo abordar múltiples dimensiones: el individuo, la familia, la comunidad, el entorno económico, el entorno político, el entorno

cultural, sino dejar de verlo tan solo como un problema policivo, delincuencial, para enfrentarlo en toda su dimensión: un problema social, económico y cultural que afecta de cerca a muchísimos colombianos, quienes ven en este fenómeno la única alternativa de supervivencia y ascenso social.

Esta perspectiva de prevención es, sin duda, ambiciosa y algunos la podrán calificar de quimérica. Pero es quizá el horizonte obligado para un trabajo que se plantee en forma seria y eficaz, echando mano de todas las ventajas y fortalezas de Colombia, el país que, dada su situación frente al problema de las drogas, estaría llamado a liderar e innovar en los procesos de prevención.



¿DÓNDE ESTÁN LOS RETOS?

Una primera mirada al campo de acción de la prevención, vista desde la sociedad y la cultura, arroja múltiples frentes de trabajo, todos ellos indispensables a la hora de hablar del fortalecimiento de la sociedad colombiana frente al problema de las drogas. ¿Sobre qué aspectos trabajar entonces para fortalecer el entorno social colombiano?

Se dice que la base de todo el problema es económica. Sí, también lo es. Por eso será fundamental estimular la generación y apoyo de alternativas económicas y laborales viables, rentables y sostenibles, sobre todo para aquellos campesinos que se encuentran en la cadena de producción y para quienes hacen parte del tráfico y distribución de sustancias.

Ello debe estar asociado al desarrollo de una cultura productiva de largo aliento, encaminada sobre todo al mejoramiento de la calidad de vida, al ahorro y al crecimiento de largo plazo, como alternativa frente al consumismo o la dinámica de pura supervivencia.

Pero una calidad de vida que no se refiera únicamente al atesoramiento de bienes de consumo o al confort, sino aquella en donde haya balance entre lo lúdico, lo afectivo y lo funcional y que busque el crecimiento de los seres humanos, el fortalecimiento de sus lazos afectivos, la ampliación de sus posibilidades económicas, el desarrollo del conocimiento y el acceso a la cultura. En suma, una calidad de vida en la cual el centro de gravedad sea el desarrollo humano y no el consumo.

Un segundo aspecto, pero no menos importante, como todos los que se mencionarán aquí, es el de la ampliación del *espacio público* como el lugar de encuentro de todos los ciudadanos, en el que son visibles, escuchados y acatados en igualdad de condiciones, es el espacio de la *publicidad*, del no secreto, de la reflexión, de la acción política y de la transacción.

Ampliar el espacio público supone hacer visibles los grupos de intereses, las comunidades, los gremios, las organizaciones sociales que por diversas razones no lo han podido lograr, empoderarlos y abrirle camino a su influencia en la vida nacional. Supone crear canales de comunicación y favorecer la inclusión de todas las tendencias e intereses nacionales no sólo en el tráfico de información de los medios de comunicación sino en los espacios de deliberación democrática y expresión cultural.

Supone transformar el ejercicio de la política para favorecer el acceso de minorías y excluidos al poder y de otra sustituir la solución de necesidades por la vía de los favores hacia su solución por la vía de los derechos¹.

Pero también supone crear condiciones de igualdad. Porque para participar equitativamente de las discusiones y decisiones públicas es necesario un nivel equitativo de educación, de acceso a la información, de oportunidades económicas y de posibilidades políticas, eso es igualdad.

Un tercer aspecto sería el de la creación de condiciones para vivir la libertad en sociedad, en donde el individuo busque el bienestar personal y familiar sin perder de vista el bien común. Eso supone la consolidación de una ética ciudadana basada en ese *bien común* como valor fundamental y en la carta de derechos que ya está cristalizada en la Constitución de 1991.

Es también muy importante el estímulo de la participación comunitaria, gremial y política, a través del empoderamiento y visibilización de los grupos sociales, etarios, regionales, de género, raciales, que no tienen posibilidades de expresión en la vida nacional.

En forma paralela es preciso fortalecer el entorno afectivo y de soporte social y familiar para las personas. Trabajar para reducir la violencia intrafamiliar y valorar el afecto como una forma de intercambio en la familia; crear redes sociales de apoyo, hacer atractivos valores como la solidaridad, el respeto por los otros, la dignidad y la amistad.

Es indispensable promover cambios en la forma en que actúa el Estado y, en consecuencia, en la percepción que los ciudadanos tienen de él. Reducir drásticamente la corrupción y el clientelismo contribuirá a fortalecer una acción estatal basada en derechos y no en favores y a mejorar la imagen y el respeto que los ciudadanos tienen de él.

¹ Para los párrafos relativos a *espacio público* fue muy útil la lectura de la primera parte del libro *Lo público, una pregunta desde la sociedad civil* (2001), con artículos de Antanas Mockus, Victoria Camps, Luis Jorge Garay, Jesús Martín Barbero y otros.

Cambiar la percepción, el concepto y los valores que los colombianos asocian a la ley y a la administración de justicia será también determinante. Valorar el acatamiento de las normas por convicción e incrementar por los medios que sea la legitimidad y el conocimiento de las leyes será una forma de fortalecer el entorno ciudadano.

Al respecto hay que decir que en Colombia ha cambiado la percepción frente al negocio del narcotráfico y a sus posibilidades de superación. En efecto, mientras la primera encuesta sobre la percepción de los colombianos frente al problema de las drogas, realizada en 1992, mostró cierta benevolencia con quienes trafican pero, a su vez, un marcado pesimismo frente al éxito de la lucha contra esa actividad ilícita. En la segunda encuesta –realizada en 1997– los colombianos mostraron una posición definida de rechazo y condena de la actividad del narcotráfico y estuvieron mucho más optimistas frente a las posibilidades de la lucha contra este fenómeno.

De otra parte es necesario *visibilizar* los valores favorables a una sociedad moderna y democrática, llenar de sentido y desarrollar el concepto mismo de democracia, estimular la revisión y resignificación de los valores que la fortalecen y la hacen crecer, así como su acatamiento por aquellos que lideran opinión y tienen más visibilidad social.

El conocimiento también debe constituirse en un valor fundamental y efectivo para el empoderamiento y el reconocimiento social.

El desarrollo de la investigación sobre el tema del narcotráfico, la circulación amplia de información y de interpretaciones de los fenómenos asociados a la producción y el tráfico y de las salidas a ellos será fundamental para incrementar las posibilidades de su reducción.

El fortalecimiento de identidades regionales, raciales, culturales y la construcción de una verdadera identidad común a través de las expresiones culturales, que no estén sujetas a los avatares de la oferta y la demanda y que ayuden a consolidar un imaginario conocido y valorado por todos.

Finalmente es indispensable construir futuro. Plantear, desarrollar y hacer comunes grandes propósitos en los que se puedan involucrar todos los ciudadanos. Los colombianos no nos consideramos ni actuamos como una nación porque no tenemos propósitos, valores, símbolos, esperanzas que en efecto nos sean comunes². La unidad nacional se logra encontrando y movilizandolos esos símbolos, esos valores y esos propósitos que encierran la consecución del *bien común* y el goce de una cultura y una historia conocidas, compartidas y construidas en común.

Este es, claro, un panorama ambicioso, que va mucho más allá del proyecto, de la acción local e independiente, de la campaña, del operativo. Es un trabajo de reconstrucción social y cultural que debe realizarse de manera integral, coherente y sostenida, en la perspectiva de erradicar el narcotráfico de la vida nacional.

¿POR DÓNDE EMPEZAR?

Un espectro tan amplio en los retos puede conducir a la inmovilidad, al planteamiento de megaprogramas imposibles de realizar o, lo ideal, a proponerse una perspectiva de planeación en varios escenarios que permita avanzar en proyectos de corto, mediano y largo plazos, con dimensiones diversas.

Lo que se planteará aquí es un conjunto de posibilidades de trabajo, de caminos en los cuales las estructuras locales, regionales y nacionales encargadas de la

² La paz es quizá una de las pocas excepciones a esta afirmación, pues hoy hace carrera entre los colombianos como un propósito común, despierta sentimientos de unidad, solidaridad y esperanza y comienza a movilizar opiniones y voluntades hacia su búsqueda y aclimatación.

prevención y el control de la producción de drogas, de acuerdo con sus especificidades, prioridades y posibilidades pueden encontrar inspiración para montar sus propios planes de trabajo atendiendo a las necesidades de su jurisdicción.

Ahora bien, una primera propuesta es de actitud: ir siempre más allá, a la vanguardia. No esperar a lo que se haga, se diga, o se escriba en otros lugares o en el centro del país. La realidad está donde las estructuras trabajan y es de ella que sale el conocimiento y las propuestas de solución a los problemas. Innovar, movilizar la creatividad, proponer líneas de trabajo, estrategias, metodologías proyectos dentro del marco planteado aquí será la forma de alcanzar un liderazgo en este campo.

Otro aspecto general: integración, coordinación y participación. El llamado a la iniciativa y la creatividad no supone el trabajar aislados, duplicar funciones, hacer los mismos esfuerzos. La comunicación, el trabajo en equipo, la planeación



integrada y la participación estrecha de las comunidades fortalecerán y dinamizarán sensiblemente el esfuerzo común.

EL TRABAJO DE CORTO Y MEDIANO PLAZOS

En el corto plazo existen muchas posibilidades de trabajo sobre temas concretos, locales, de solución prioritaria, sobre los que se puede adelantar el montaje, la concertación, desarrollo y apoyo de proyectos como los siguientes:

- Aquellos que estimulen el trabajo asociativo y la generación de alternativas económicas rentables y sostenibles entre las comunidades involucradas en el fenómeno.

- Los orientados a fortalecer y empoderar las organizaciones de la comunidad, abrir la participación, desarrollar actividades que incluyan la reflexión en torno a conceptos de autonomía, libertad, autodeterminación, participación política, etcétera.
- Proyectos de reingeniería y comunicación corporativa y promoción de una política de relaciones con la comunidad que contribuyan a cambiar de manera paulatina la concepción de un Estado punitivo e indiferente a un Estado amigo y socio de quienes más lo necesitan.
- Proyectos culturales, educativos y de comunicación que trabajen sobre la expresión del individuo, el imaginario colectivo, la construcción de una ética ciudadana y de un sentido de nación.
- Aquellos orientados a controlar la violencia intrafamiliar y a rescatar el afecto como un valor fundamental de la familia. Así como proyectos encaminados a fortalecer redes afectivas, de apoyo intrapersonal e interpersonal, de pareja y de familia, así como redes de apoyo social.
- Proyectos culturales de fortalecimiento de las identidades regionales y de búsqueda y construcción de una identidad nacional. Proyectos culturales orientados a resignificar y modelar los valores ideales de una sociedad moderna, democrática y en la perspectiva del desarrollo humano sostenible.
- Aquellos relacionados con el mejoramiento y control ambiental, así como de formación básica en el cuidado del entorno.
- Proyectos de fortalecimiento de los equipos de trabajo regionales y locales en materia de gerencia social, investigación, integración interinstitucional, entre otros.
- Proyectos de investigación sobre el entorno interpersonal, afectivo, social, cultural, ambiental y político de la producción y tráfico de drogas y las posibilidades de su prevención y control. Proyectos que arrojen luces sobre las consecuencias socioculturales del tráfico de sustancias, sobre las relaciones que la gente establece con la droga y las representaciones simbólicas y éticas de estas relaciones.

Las anteriores sugerencias no desconocen en ningún momento proyectos exitosos desde lo público y lo privado en muchas de estas áreas, como el Convenio del Buen Trato, las Casas de Justicia y las Casas de la Juventud, los proyectos educativos institucionales (PEI), los de prevención y promoción en salud, los proyectos de cooperación internacional (como el Programa para la descentralización del plan de drogas, que financia esta publicación) y todos aquellos que, bien mirados, pueden servir de ejemplo y orientación a quienes deseen emprender este camino.

EL TRABAJO DE MEDIANO Y LARGO PLAZOS

Este es un tipo de trabajo que requiere más largo aliento, mayor planificación, políticas más sólidas y de mayor perspectiva. En esta área se propone:

- Desarrollo y gestión de estrategias orientadas a la definición de políticas públicas que consulten los hallazgos de las investigaciones sobre el fenómeno de la producción y tráfico de sustancias.
- Ambientación e impulso de proyectos orientados a cerrar la brecha entre lo que decimos y lo que hacemos, a desarrollar una ética comunicativa que acabe con esa doble moral tan evidente en la cultura colombiana. Veedurías ciudadanas, mecanismos de seguimiento y control ciudadanos, de planeación participativa.
- Ambientación e impulso de proyectos y corrientes destinadas a favorecer una transformación de la filosofía del servicio estatal

Los gobiernos y las instituciones estatales, sean del orden local, regional, o nacional, los dirigentes políticos, cívicos, gremiales y comunitarios, por su visibilidad, su capacidad de expresión, su respaldo y su jerarquía, se constituyen en referente ético y en pedagogos activos de la movilización de valores. Ello hace que esté en sus manos la vehiculización de un conjunto de mensajes fundamentales a la hora de construir valores y de consolidarlos. Esos mensajes, esas señales que es indispensable dar son del tipo:

- La ley es igual para todos y todos estamos dentro de la ley (para bien y para mal). Para que la ley se vuelva un *valor*, sea respetada y acatada por todos es necesario que quienes *dan ejemplo* la vuelvan ellos mismos un valor; nadie va a cumplir la ley cuando ve que muchos de los que detentan cualquier poder lo usan precisamente para evadirse de su cumplimiento.



También se debe favorecer el que las normas se cumplan por convicción y para bienestar de todos.

- El gobierno y el Estado ejercen la ley y las actividades punitivas pero también ayudan. El gobierno es su amigo, su socio, es para usted. Es indispensable el diseño de políticas menos represivas y más preventivas que se sustenten en el trabajo de reconstrucción social y cultural de las comunidades y del país en general y, en un trabajo mucho más coordinado entre las entidades del Estado y las organizaciones de la sociedad civil que vienen actuando contra el problema de las drogas en Colombia³.

³ Dirección Nacional de Estupefacientes, "Hacia la definición de la prevención en la producción y el tráfico de drogas en Colombia, seminario, mimeo, Bogotá, noviembre de 2000.

Se debe permitir, acoger, escuchar y colaborar con las organizaciones civiles. Deben abrirse espacios de participación. En especial para aquellos grupos involucrados en el tráfico y producción. Es indispensable recuperar la comunicación con la gente.

Se deben fortalecer las organizaciones de jóvenes y campesinos;

- Es indispensable incluir el tema de la prevención social y cultural en la agenda política y en los planes de desarrollo de las localidades, las regiones y el país

También es muy importante la generación de procesos colectivos orientados a *construir futuro*: planes indicativos de desarrollo a largo plazo, propuestas de construcción cultural, de programas y proyectos colectivos, sean estos económicos, culturales o sociales. Proyectos que recojan el interés de las gentes y las comunidades, sus reflexiones y sus expectativas, que recuperen la fe en el futuro.

El buscar mecanismos de visibilización y ejemplificación de los valores ideales tanto en el sistema educativo como dentro de la sociedad civil en su conjunto va a ser también un polo importante de trabajo, así como el impulso de una cultura de la planificación, la gestión concertada y la evaluación entre las instituciones estatales y las ONG que trabajan en el tema.

EL FUTURO

Este es pues un amplio y ambicioso conjunto de temas, preocupaciones y caminos a través de los cuales la Dirección Nacional de Estupefacientes piensa que se debe orientar el trabajo de prevención de la producción y el tráfico de sustancias desde la cultura. Es quizá un abrebocas a un trabajo amplio, complejo y de largo plazo en el cual se deben involucrar todas aquellas fuerzas sociales, institucionales, políticas y económicas que se sientan comprometidas en el empeño de enfrentar el narcotráfico.

Pero en especial es un llamado a las estructuras locales, regionales y nacionales que tienen a su cargo la prevención y el control de este problema para que abran un amplio proceso de discusión y construcción creativa de soluciones, contrasten estas ideas con sus propias realidades y construyan a partir de allí sus respuestas al problema que enfrenta Colombia.

La tarea no es ni mucho menos sencilla. Erradicar el narcotráfico y todos los negocios ilícitos que se mueven a su alrededor será un empeño de años; de muchos y pacientes esfuerzos en los cuales persistir para que prevalezca lo lícito, y Colombia pueda volverse a mirar como el país honesto, pujante y optimista que siempre ha querido ser.

Bibliografía

Barreto, Andrés, Esquema conceptual para la comprensión y aproximación a las manifestaciones de las drogas. Dirección Nacional de Estupefacientes, documento electrónico, Bogotá, 2001.

Bernal, Héctor Hernando; Paredes Martha, Existencias históricas de los cultivos ilícitos y su erradicación. Dirección Nacional de Estupefacientes, mimeo, Bogotá, sf.

Caballero Antonio, Narcotráfico y política, Revista *Número* No. 7, Bogotá, agosto – octubre de 1995.

Dirección Nacional de Estupefacientes, Cultivos ilícitos, erradicación e impacto ambiental. Mimeo, Bogotá, junio de 2000.

_____, Plan Nacional de Lucha contra las Drogas. En www.dnecolombia.gov.co

_____, La construcción de una estrategia preventiva para afrontar la producción y el tráfico de las drogas en Colombia. Seminario. Mimeo, Bogotá, septiembre de 2000.

_____, Hacia la definición de la prevención en la producción y el tráfico de drogas en Colombia. Seminario. Mimeo, Bogotá, noviembre de 2000.

Fish, Jonathan, Cambio discontinuo. Revista *El Malpensante* No. 25, Bogotá, septiembre – octubre de 2000.

Garay, Luis Jorge, *Construcción de una nueva sociedad*, Tercer Mundo Editores y Revista *Cambio*, Bogotá, diciembre de 1999.

Gutiérrez, Gabriel, Estrategias de cambio psicosocial y cultural para prevenir los costos sociales asociados a los fenómenos de producción y tráfico de drogas. Dirección Nacional de Estupefacientes, mimeo, Bogotá, agosto de 2000.

Hoyos, Luis Eduardo. El narcotráfico en la sociedad colombiana, Revista *Número* No. 7, Bogotá, agosto – octubre de 1995.

Kalmanovitz, Salomón, Aspectos económicos del tráfico de drogas en Colombia, Revista *Número* No. 7, Bogotá, agosto – octubre de 1995.

Lleras Camargo, Alberto, En portada de Time. Revista *El Malpensante* No. 25, Bogotá, septiembre – octubre de 2000.

López Restrepo, Andrés, Colombia: de la prohibición a la guerra contra las drogas. Revista *El Malpensante* No. 25, Bogotá, septiembre – octubre de 2000.

Ministerio de Comunicaciones - Dirección Nacional de Estupefacientes, La percepción de los colombianos frente al problema de la droga. Resumen ejecutivo de la encuesta. Centro Nacional de Consultoría, Bogotá, 1997.

Molano, Alfredo, La tierra ha cambiado de dueños, Revista *Número* No. 7, Bogotá, agosto – octubre de 1995.

Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, Comisión de Estupefacientes. Informe del Director Ejecutivo al 44º período de sesiones. Viena, marzo de 2001.

Naciones Unidas, UNDCP, Declaración de los principios rectores de la reducción de la demanda de drogas. Mimeo, sf.

Naciones Unidas, UNDCP, Asamblea General de las Naciones Unidas: Sesión Especial dedicada al problema mundial de las drogas. Declaración Política. Mimeo, Nueva York, junio de 1998.

Ospina, William, Lo que le falta a Colombia, Revista *Número* No. 7, Bogotá, agosto – octubre de 1995.

Restrepo, Luis Carlos, *La fruta prohibida*, Panamericana, Bogotá, 2001.

Salazar, Alonso, *La parábola de Pablo*, Planeta, Bogotá, junio de 2001.

_____, *La cola del lagarto*, Proyecto Enlace y Corporación Región, Medellín 1998.

Varios autores, *Lo público, una pregunta desde la sociedad civil*. Memorias del V Encuentro Iberoamericano del Tercer Sector. Ed. del V Encuentro Iberoamericano del Tercer Sector, Bogotá febrero de 2001.





MINISTERIO DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTUPEFACIENTES
Unidad Administrativa Especial
Entidad de Coordinación Nacional



Programa de las Naciones Unidas
para la Fiscalización de Drogas